

## Gramsci en el centro de la cultura cubana

### A propósito del libro *Gramsci: Los intelectuales y la sociedad actual*

Hiram Hernández\*

*Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales.*

Antonio Gramsci

El año 2007 fue profuso en eventos significativos para ese grupo o sector social que la sociedad reconoce como “los intelectuales”. Bastaría recordar aquel ciclo que bajo el rótulo “La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión” fue organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios, y el Premio Nacional de Ciencias Sociales otorgado, en el marco de la XVI Feria Internacional del Libro, a Fernando Martínez Heredia; valga apuntar que con este lauro se reconocía toda una tendencia del pensamiento marxista y revolucionario cubano.

Por cierto, fue minutos después de la entrega del premio, y justo tras las sentidas palabras de Fernando, que me aventuré a interrumpir el brindis para presentar el título: *Gramsci: Los intelectuales y la sociedad actual*. Por suerte, en la mesa me acompañaban el propio Martínez Heredia y Rolando González Patrício; al prestigio de ambos agradezco la atención que me concedió la sala. No obstante, el tiempo, el pudor y mi inexperiencia atentaron contra la introducción pausada y comentada que el libro merecía. Por tanto, aprovecho que el hoy Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello me permita, a través de su revista, mejorar el compromiso que un día contraí con esta institución que para mí, más allá de su nombre oficial, fue y seguirá siendo un espacio central de cultura y de reflexión.

En principio, es pertinente tener en cuenta que *Gramsci: Los intelectuales y...* no es el primer título que el Instituto dedica a la vida y la obra de Antonio Gramsci; lo precede un continuo editorial y de eventos, que va desde la pequeña biografía *Antonio Gramsci*, de Ruggero Giacomini, publicada en el año 2001, hasta el volumen *Hablar de Gramsci*, publicación que en 2003 daba cuenta del taller que sobre el pensador sardo organizó la cátedra que lleva su nombre. Para una real comprensión tendríamos que mencionar, además, que el libro que ahora reseño fue el resultado de un taller realizado hace once años, y significar la relevancia de un título como *Sociedad civil y hegemonía*, editado en el 2000, y que, en mi opinión, constituye la más importante apropiación del legado gramsciano para el debate político y social cubano actual. Su autor, el profesor Jorge Luis Acanda, a la sazón vicepresidente de la citada cátedra, en varias ocasiones ha impartido, en el salón del Marinello, un curso sobre el pensador italiano.

Todo esto, visto de forma aislada, pudiera interpretarse tan solo como una determinada deferencia por la obra de un revolucionario italiano. Sin embargo, la recepción de Gramsci debe contextualizarse en el proceso de asimilación del marxismo en Cuba, lo que equivale a colocarlo en el centro de la historia del socialismo cubano, en especial, de los avatares de su intelectualidad orgánica.

Es harto conocido que para la historiografía del Kremlin el marxista italiano era más un mártir del comunismo —“pobrecito, murió en la cárcel”— que un pensador con pleno derecho a intervenir en la definición de caminos revolucionarios. En Cuba, en cambio, su recepción estuvo marcada por la producción

\* Licenciado en Historia. Máster en Ciencias Políticas. Profesor de la Universidad de La Habana. Jefe de Redacción de la revista *Temas*. hiramhc@gmail.com.

intelectual de los jóvenes de la calle K. Intelectuales que compartieron, hace más de cuatro décadas, la misión de socializar el saber, la militancia y el quehacer del marxismo en un país en revolución. Aquellos jóvenes asumieron la tarea de impartir filosofía marxista en todas las carreras universitarias, contaban con un activo mimeógrafo, una revista, y compartían espacios de encuentro con los líderes de la Revolución. Esto muestra que, a diferencia del resto del campo socialista, en Cuba Gramsci estuvo presente en los inicios de partida de la política cultural revolucionaria.

Algo sabemos de lo que sucedió después: el cierre de la revista *Pensamiento Crítico*, la burocratización galopante de los espacios intelectuales, la imposición del marxismo dogmático, la censura, la infalibilidad de los cancheros, la politización de la estética y la estetización de la política, prácticas que aún no se han analizado y sistematizado en la medida de lo necesario, ni valorado críticamente más allá de reducidos espacios intelectuales. Sin embargo —como nos dice Fernando Martínez— Gramsci estuvo actuante y permaneció subyacente, independientemente de su suerte inmediata. Mas esta idea también es válida desde una perspectiva diferente, es decir, el retorno de Gramsci, en relación con el Proceso de Rectificación de Errores, ha estado signado por la permanencia, a veces latente, otras no tanto, de posiciones políticas que recuerdan aquellos períodos grises de nuestra política cultural.

Por lo mismo, ni siquiera el saldo positivo con que Gramsci hoy se renueva en nuestras bibliotecas puede hacernos olvidar esa etapa entre 1971-1985, cuando él y tantos otros no menos importantes referentes de la inteligencia marxista —por ejemplo, Rosa Luxemburgo, León Trotsky y Walter Benjamín— fueran desestimados, y sutil o burdamente acusados de heterodoxos, confusos y revisionistas. Elijo a estos últimos porque, si bien ha sido sensiblemente reducido el *index* legado por el soviétismo, su lógica permanece en ciertos espacios de obcecación ignorante.

Es obvio que tanto Gramsci como los autores antes citados reúnen méritos intelectuales para ocupar un lugar cimero en la cultura de la humanidad. Esto sería suficiente solo si ingenuamente creyéramos que el saber se basta a sí mismo para hacerse verdadero, o que a la verdad aprehendida del brillo intelectual le alcanza con su propia luz. Si así fuera no podríamos explicarnos por qué las academias y editoriales, no incluso, sino sobre todo aquellas que gozan de mayor prestigio internacional, escamotean o caricaturizan el nombre y el pensamiento de Marx, Lenin y el Che, con lo cual hurtan a los pueblos su memoria histórica de combate, es decir, les impiden acumular experiencia.

Este proceso cristaliza las relaciones entre “política” y “cultura”, entre “saber” y “poder”, que en el caso específico de los procesos culturales del socialismo histórico se nos han revelado como la trágica contradicción entre aquellos intelectuales que enfatizan la libertad, en oposición a aquellos que ponen acento en sus límites. Superar esa “contradicción” exige recrearla de manera que ambas nociones (libertad y límites) logren una organicidad revolucionaria.

Cuando Carlos Marx utilizaba el concepto *modo de producción* no se refería solo a la producción de tornillos y fierros bajo la lógica del capital, sino, también, a la producción de la verdad bajo esa estructura. Al lanzar la disyuntiva *socialismo o barbarie*, por socialismo entendía socialización del saber y por barbarie lo contrario a civilización, entendiendo por esta última la extensión y la profundización social de la posibilidad de acumular experiencias para ejercerlas con sentido emancipador.

Crear una nueva cultura [apunta Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*] no significa solo hacer individualmente descubrimientos “originales”; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas, socializarlas.

Ese fue el espíritu que a inicios de 1997, en coincidencia con el 60 aniversario de la

morte del marxista italiano, se materializara en la creación de la cátedra de estudios Antonio Gramsci. La selección que recoge este libro pone hoy en nuestras manos recopila los debates de aquel evento fundacional. Al disponer de este ejemplar no solo adquirimos un cúmulo de saber, sino que estamos participando de uno de los espacios culturales más dinámicos del pensamiento cubano contemporáneo. La cátedra Gramsci nos propone, por una parte, develar aquellas zonas que el pensamiento dogmático pretende mantener a la sombra, y, por la otra, eliminar las murallas con que la comodidad intelectual arrebató a la sociedad su derecho a tener memoria. Tales propósitos merecen el compromiso de caminar junto a ellos y practicar sus experiencias, no para reproducir patrimonios intelectuales, sino para responsabilizarnos con el imaginario social del cual formamos parte.

De hecho, hace un quinquenio atomizados jóvenes, la mayoría estudiantes de carreras de ciencias sociales y humanísticas, encontraron un espacio de encuentro en los eventos que esta cátedra organizaba en los recintos del entonces Centro Juan Marinello. Fue allí donde Fernando Martínez, admirado por sus conocidas intervenciones en históricas batallas intelectuales; Jorge Luis Acanda, profesor que provocaba nuestra envidia hacia los privilegiados alumnos de la carrera de Filosofía; y Pablo Pacheco, con el que recién descubríamos que una empresa editorial no es un cúmulo de textos dispersos, sino la relación orgánica entre cultura y política; dejaron de ser mitos intelectuales para constituirse en nuestra condición de posibilidad. Y así, un día alguien llamó a Fernando y le hizo saber que un grupo de jóvenes “atrevidos”, “tendenciosos” e “inquietos” querían fundar un espacio bajo el nombre de Pensamiento Crítico, a lo que este puso una sola condición: “bueno, si además de todo eso son verdaderamente críticos”. Hoy me atrevería a decir que las intenciones tanto de la cátedra Haydeé Santamaría, como las del, más recientemente creado, taller Revolución Bolchevique, Historia de la URSS y

Cuba, Análisis Crítico-Socialista desde el Siglo XXI, se podrían sintetizar en la idea-fuerza: educarse es organizarse; asumo que esto define, tanto en forma como en contenido, nuestra responsabilidad como intelectuales jóvenes en un país en revolución, es decir, en un país inmerso en la creación de una nueva cultura.

Fue precisamente el carácter creador de la Revolución cubana el que, antes, había motivado a una serie de intelectuales cubanos a impugnar la imposición de aquellos manuales pletóricos de respuestas, manteniendo en vilo la inquietud de las preguntas y con ellas el verdadero sentido de las alternativas: la superación. Con este carácter se expresó la sociedad cubana cuando se opuso al consenso internacional que, tras la caída de la URSS, nos aconsejaba —o, más bien, nos condenaba— la sumisión y la unidimensionalidad. En todo caso, de lo que se trata es también de ser radicalmente inconformes, ya que lo contrario sería renunciar a un valor cardinal de todo proyecto contrahegemónico.

Este libro, aunque desde diversos puntos de mira, corrobora dos tesis cardinales para la sociedad actual: Antonio Gramsci es praxis imprescindible para la revolución, y toda su obra se actualiza cuando se asume una relación liberadora entre cultura, política y socialismo.

La burguesía para expresar su dictadura como consenso instituye a sus intelectuales, pero produce al proletariado como clase antagonista. El *moderno príncipe*, como Gramsci llama a la clase obrera, es el productor directo de la riqueza material, pero su subjetividad está hegemonizada por el modo de apropiación de la burguesía. En consecuencia, su lucha implica conquistar una comprensión crítica de sí misma, esto es, ejercer y organizar líneas de fuga contrahegemónicas. Del mismo modo, la organicidad del intelectual revolucionario exige la subversión de la subjetividad dominante.

Antonio Gramsci, el líder del partido comunista italiano y el prisionero en las cárceles fascistas, es a través de su obra un inte-

lectual orgánico de la revolución proletaria y, a setenta años de su muerte, un vivo organizador de nueva cultura. Es por eso que la entrega de este título nos invita a celebrar, mas no a descansar, en nuestras aulas universitarias, donde Paulo Coelho y la reproducción de verdades de Bill Gates hacen mella en la capacidad crítica de los jóvenes.

Una vez un alumno me confesó que le era muy difícil entender a Gramsci. En ese momento solo atiné a decirle que debía volver a leer, crearse el hábito de lectura, etc. Recorriendo este libro me encontré “de pronto” ante mi vergüenza: no es solo un problema de entender como acto de inteligencia e ilustración, sino de participar. Colocar a Gramsci en el centro de la cultura cubana, y hacer que sea útil a los jóvenes, es colocar a esos jóvenes en los espacios de partici-

pación creadora, confiarles el debate de su propio destino.

Persistir en ese propósito es el homenaje que debemos ofrecer hoy a aquellos jóvenes de *la calle K* y a *la revista Pensamiento Crítico*, a cuarenta años de fundada, a Antonio Gramsci, a setenta años de su muerte, a la Cátedra Gramsci, en su decenio de actividad intelectual revolucionaria, y a la sociedad cubana, esa que podrá no solo mantener, sino superar su proyecto revolucionario y de independencia, en la medida en que logre constituir un pensamiento emancipador y anticapitalista, esto es, en la medida en que el pensamiento crítico, la inconformidad y el carácter revolucionario se posicionen como espacios de liberación cotidiana.